



CAPÍTULO PRIMERO

CAYO Septimo Cinna, patricio romano, había pasado en las legiones los mejores años de su juventud, y en ellas gustó la penosa vida de los campos de batalla.

Al cabo de unos años regresó á Roma para gozar la gloria, el lujo y la opulencia, que le brindaba su fortuna cuantiosa, pero mal cimentada.

Se entregó á los placeres, saciándose de cuanto le ofrecía la ciudad maravillosa. Pasaba las noches en locas orgías en las suntuosas quintas suburbanas, y los días

ejercitando sus fuerzas en los establecimientos de los *lanistas* (1); hablando con los retóricos en las termas, practicándose en las más variadas disertaciones, y comentando y ampliando las murmuraciones de la ciudad; en el Circo; en las arenas con los gladiadores; entre los hechiceros de la Tracia, y admirando las hermosas danzantes venidas de las islas del Archipiélago.

De su madre, la ilustre Lúcula, había heredado Cinna el delicado gusto por los manjares exquisitos. En su mesa servíanse diariamente vinos de Grecia, ostras de Nápoles y las mejores langostas de Ponto, endulzadas con la miel de Numidia. Los manjares más raros, los mejores que en Roma se vendían, honraban la mesa de Cinna, desde los peces del mar Rojo á la perdiz blanca muerta á orillas del Borysteno.

Y él, Cinna, los gustaba, nó como rudo legionario, sino como patricio dotado de exquisito paladar.

Se esforzó en convencerse, y quizás lo estaba realmente, de que sentía gran pasión por las obras de arte: le entusiasmaban las estatuas halladas en las ruinas de Corinto, las *epilychnias* (2) de Attica, los vasos de Etruria y los importados de la ne-

(1) Llamábanse *lanistas* los que compraban y educaban gladiadores para el Circo.

(2) Lámparas.

bulosa Seres, los mosaicos romanos, las telas del Eufrates, los perfumes de Arabia, en una palabra, todas las fruslerías y bagatelas que llenan el vacío de una vida patricia.

Cinna hablaba de estas cosas, como profundo conocedor é inteligente aficionado, con los nobles ancianos que, para sentarse á la mesa, cubrían su calvicie con coronas de rosas, y, después del festín, mascaban pétalos de heliótropo para perfumar su aliento.

Sabía también apreciar las bellezas de un período de Cicerón, de las poesías de Horacio y de Ovidio. Educado por un retórico ateniense, hablaba con elegante facilidad la lengua griega; sabía de memoria cantos enteros de la *Iliada*, y podía, teniendo levantada la copa, declamar sin cansarse estrofas de Anacreonte, hasta caer vencido por la embriaguez en el letargo precursor del torpe sueño.

Gracias á su maestro y á otros retóricos, tenía las nociones de filosofía suficientes para apreciar el mérito de los monumentos que en remotas edades Hélade y las colonias levantaron á la inteligencia, y sabía también que de tantas maravillas de arte, entonces sólo quedaban montones de ruinas.

Conocía personalmente numerosos estoicos, á quienes odiaba por creerles un partido político, y no ascetas despreciadores de

los placeres de la vida. Los escépticos solían acompañarle en sus convites, y entre plato y plato reíanse de muchos sistemas filosóficos, y proclamaban levantando sus copas rebosantes de vino, que el placer es sueño vano, la verdad utopia imposible, y que el solo fin digno de la vida de un sabio es el reposo, la inercia.

Cinna oía estos discursos sin darles gran importancia. No tenía ni deseaba tener opiniones propias. Para él Catón era la personificación de una gran energía unida á una gran estupidez. Comparaba la vida á un mar sobre el que sopla impetuoso viento, y decía: el talento consiste en desplegar las velas de manera que el soplo del viento haga avanzar la nave.

Amaba sus anchas espaldas, excelente estómago, hermosa cabeza, nariz aguileña y saliente mandíbula. Y tenía la convicción de que dotado de éstas para él tan envidiables cualidades, vivir le sería siempre fácil.

Sin pertenecer á la escuela escéptica, en la práctica era escéptico y voluptuoso, á pesar de constarle que en los placeres no se halla la felicidad.

Desconocía la verdadera doctrina de Epicuro, y sin embargo se imaginaba ser un perfecto epicúreo.

Consideraba la filosofía como un ejercicio tan útil á la inteligencia como lo eran al

cuerpo los que le enseñaba el *lanista*. Cuando se cansaba de discutir dirigíase al Circo y se distraía viendo derramar sangre.

No creía en los dioses, ni en la virtud, ni en la verdad, ni en la felicidad. En cambio prestaba fe á la magia: era supersticioso, y sentíase atraído por el misterio que envolvía las religiones orientales.

Cuando la cólera no le hacía cruel trataba bien á sus esclavos.

Opinaba que la vida es como una ánfora: vale más cuanto mejor es el vino que la llena. Y en consecuencia procuraba llenar la suya del que juzgaba más sabroso y rico.

No amaba las personas, amaba las cosas, y entre éstas prefería la varonil belleza de su rostro, la elegancia de su pie de patricio.

En los primeros años de su vida de fausto y placeres, gustaba de admirar á Roma con sus excentricidades. Logró hacerse popular. Luego vino el cansancio, el hastío...





II

EN ALEJANDRÍA

CINNA acabó por arruinarse. Su patrimonio cayó en manos de acreedores: sólo le quedó un gran cansancio igual al que causa el trabajo penoso, la saciedad, y algo hasta entonces no sentido: una inquietud profunda, inmotivada.

Había gozado de la riqueza, del amor, tal como entonces lo entendía el mundo, de los encantos del lujo y de la gloria militar... saboreado superficialmente todos los conocimientos humanos, y gustado el arte y la poesía... Se comprende, pues, que cre-

yera haber sacado de la vida todo el partido posible.

Y sin embargo, sentía que había olvidado algo muy esencial: ¿qué era ese algo? Lo ignoraba. Y en vano se fatigaba buscando adivinarlo.

A veces procuraba alejar tales pensamientos y vencer la inquietud; quería convencerse de que en la vida no había ni podía haber nada más... Pero su inquietud, lejos de disminuir aumentaba de tal manera, que dijérase sufría no ya para él sino para el mundo entero.

Y acababa por envidiar á los escépticos y á la vez tenerlos por un ható de insensatos, porque afirman que la nada puede llenar la vida.

Dijérase que en Cinna vivían dos hombres: uno que se admiraba de su propia inquietud, y otro que la consideraba como absolutamente justificada.

Cinna después de su ruina y gracias á valiosas influencias, fué nombrado gobernador de Alejandria, favor otorgado con el fin de que reconstituyera su fortuna.

Embarcóse, y en el navío le acompañó la inquietud y le siguió á través de los mares.

Crejó que sus nuevas funciones, el mundo nuevo que ante sus ojos se abría, las sensaciones nuevas que le esperaban, le librarían de tan importuna compañera.

Y se engañaba. Pasó un mes y pasó otro, y, al igual que el grano exportado de Italia crece más frondoso en las fértiles llanuras del Delta, la inquietud, cual arbusto convertido en inmenso cedro, proyectaba sombra creciente en el alma de Cinna.

Primero intentó ahuyentarla viviendo como en Roma había vivido.

Alejandria, ciudad opulenta, emporio de la ciencia y de las artes, patria de las mujeres de cabellos de oro y de mejillas diáfanas y rosadas, embellecidas por el sol de Egipto con sutil capa del más puro ámbar, le brindaba mil encantos. Y Cinna buscó entre locos devaneos el olvido y la calma. Pero en vano.

Entonces soñó en el suicidio. Recordaba que muchos de sus amigos emplearon este medio para librarse de enojosos cuidados, guiados por razones más fútiles que las suyas: unos por hastío ó por enojo, otros porque para ellos la vida ya no tenía atractivos: una espada en manos de un esclavo y todo concluido.

Esta idea enseñoreóse de Cinna, y se disponía á ponerla en práctica cuando extraño sueño disuadióle de su intento.

Soñó que pasaba el Leteo,—el río del olvido,—y que en la opuesta orilla sentada esperándole veía, en figura de esclavo hambriento, la inquietud que le tortura-

ba, y que el esclavo le saludaba diciendo:

—Señor, pasé delante para recibirte.

Por vez primera Cinna tuvo miedo: no podía sin aprensión soñar en la otra vida, en la vida de ultratumba... Debía esperar-la... y esperar que hasta allá le seguiría la inquietud.

En su desespero resolvió consultar á los sabios del Serapéum, confiando que ellos acertarían con la solución del enigma.

Estos filósofos no la supieron. En cambio diéronle á Cinna el título de «*του μουσειου*.» —título honorífico con que solían honrar á los romanos de noble cuna y á los grandes personajes.

¡Pobre consuelo, llamarle sabio al hombre que no acertaba con la solución del problema que más angustiara su existencia!

La ironía le pareció cruel. Sin embargo, Cinna esperó, imaginando que el Serapéum no descorre de una vez el velo que protege su saber.

Entre los sabios de Alejandría descollaba el noble Timón. Rico ateniense y ciudadano romano llegó, hacia veinte años, á Alejandría guiado por el deseo de estudiar la misteriosa ciencia de los egipcios. Decíase que había leído cuantos pergaminos y *papyrus* guardaba la Biblioteca, y que poseía á fondo toda la ciencia humana. Era de carácter dulce é indulgente.

Cinna no tardó á distinguirle entre la multitud de pedantes y comentadores de escaso talento; gustó de ser su discípulo, y las relaciones entre maestro y discípulo pronto trocáronse en sincera amistad.

El joven romano admiraba á Timón por su ingeniosa dialéctica, por su elocuencia y especialmente por la elevación de sus conceptos cuando hablaba de los destinos del hombre y del fin del universo. Lo que le causaba impresión más intensa era que el maestro unía á aquella grandiosidad del genio cierta melancolía, velada inquietud.

Cuando andando el tiempo aumentó la amistad, deseaba Cinna preguntar al viejo filósofo la causa de esta inquietud, y anhelaba también poder abrirle el corazón.

La oportunidad no tardó en presentarse.

